



LA CIUDAD QUE NOS HABITA

Antología del Concurso
Literario Arcilla

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

La ciudad que nos habita

*Antología del Concurso
Literario Arcilla*

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

••
Área de

Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba

La ciudad que nos habita. Antología del Concurso Literario Arcilla / Camila Biasotti...[et al.]. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1776-1

1. Literatura. 2. Jóvenes. I. Biasotti, Camila.

CDD A860.9283



Correctora: Candela Páez

Diagramación y diseño: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



Pájaro negro

Por Erik Rosenwald

Las paredes del desagüe están heladas, es septiembre y en los entresijos de la ciudad respiro un aire frío y seco, como el de un sótano viejo. Estamos todos apelotonados, juntos los unos y los otros, deseosos de salir a la superficie. En mis entrañas se agolpan el hambre y el miedo, pero el primero vence al segundo, como siempre. Mis hermanos gimen y chillan, por lo que no lo pienso más, aprieto los colmillos y comienzo a abrirme paso hacia arriba. Con ayuda de mis zarpas logro trepar el hormigón y el acero. Mis hermanos, ansiosos, siguen mis pasos.

Fuera, el tiempo parece en suspensión. No veo a ningún gigante y eso me tranquiliza. Arriba, las estrellas brillan como migas en el pavimento. Todos mis sentidos se avivan a la vez. Escucho la cacofonía propia de la ciudad en vela: las vibraciones lejanas de las máquinas, luces titilando, grillos y el ladrido de los lobos, lo cual no me perturba, pues estos son muy torpes y ruidosos; no son mis enemigos. Llegan a mi nariz los olores de la superficie: humo, cloacas, polvo, caucho. La vereda sigue fresca: huele a sol y gigante. Mis hermanos me exigen que tome un rumbo y eso hago. Rápidamente salgo al trotte y comienzo a encabezar la ruta habitual. Y en ese preciso instante me siento vivo, me siento una bestia. Mi corazón empieza a acelerarse y siento cómo mi sangre espesa llega a la punta de mi cola, a mis garras, mi hocico. El silbido del viento hace crispas mi manto oscuro. Corro sobre el cordón rojo de la vereda, extasiado, en busca de un aroma que revuelva mis tripas. Confío en que mis hermanos siguen detrás de mí y acelero la marcha.

Soy imperceptible. Lleno mis pulmones de noche y me convierto en ella. Soy una sombra entre sombras.

Me llega el aroma de la carne fresca y detengo la marcha en seco. Me paro en dos patas y cierro los ojos agudizando mi olfato. Quizás se trate de una paloma: en la ciudad éstas abundan. Luego de pocos segundos cambios el rumbo haciendo caso a mi olfato; a pesar de mi avanzada edad, tengo plena confianza en él. Saltamos de una calle

a la otra como los gigantes lo hacen durante el día, y es que, ahora, Córdoba es nuestra. Mía.

Mi olfato no me traicionó: mis viejos ojos logran otear, a un par de cuadras, una paloma estrellada contra el suelo, con el pico abierto, tintada de sangre y con las plumas afiladas apuntando a la luna.

Se estrelló contra un edificio esquinado, que en su base es más bien colonial pero que hacia arriba es todo vidrio.

Las palomas son muy tontas.

Se trata de una grande, no existe botín más delicioso. Me acerco rápido a ella sin esperar a mis hermanos; sin embargo, cuando me encontraba a pocos metros de mi trofeo, una máquina irrumpe en la avenida y la baña de luces. Me detengo, y así lo hacen mis hermanos. Se trata de una de esas máquinas rectangulares y naranjas. En su frente leo: 19. Dentro, veo unos pocos gigantes. Algunos se encuentran atareados con sus luces portátiles, otros fruncen el entrecejo y nos miran con asco, pero, a través de esa jaula de vidrio, son incapaces de hacer algo: la calle ya no les pertenece.

La máquina dobla hacia la izquierda y se lleva sus luces consigo; la calle vuelve a cubrirse con el manto de la noche y yo vuelvo a ser una bestia. Me dirijo de nuevo hacia la paloma y, esta vez sin interrupciones, le clavo mis fauces en la garganta. Mis dientes logran atravesar las plumas y encuentro el sabor metálico de la sangre, todavía tibia. Mis hermanos me imitan y todos gozamos juntos. Soy feliz.

Tardamos gran parte de la noche en devorar toda la carne que la paloma tenía para ofrecer. Lamentablemente, el olor atrajo a los pumas: siento el eco de sus maullidos, todavía lejanos. Llegan tarde por lo que, aunque algunos se quedarán partiendo los huesos y sorbiendo los restos de sangre de la vereda, la mayoría irá tras nuestro rastro. No quiero eso: ellos sí son mis enemigos. Desando mis pasos con el estómago lleno de carne, pero mis hermanos no me siguen, prefieren roer las sobras y seguir con el festín. Impotente, insisto en su llamada, pero no hay caso: son igual de tontos que las palomas. Los pumas no tardan en llegar, unos grandes y fornidos, otros enfermizos y desgarrados, lo cual no tiene importancia: las garras de ambos son igual de efectivas.

Y sin cavilar un segundo, tan pronto como ven a los míos, los pumas comienzan a sacudirlos y a devorarlos con la violencia que solo

ellos conocen. Los atrapan bajo sus garras y ahogan sus chillidos con sus dientes. Y yo miro aquella cruel y sanguinolenta escena desde la vereda de enfrente, sin poder quitarle los ojos de encima, acongojado: tontos o no, son mis hermanos.

Y los lobos, alarmados por los chillidos de mi jauría, llegan a la cuadra. Estos doblan en tamaño a los pumas, pero no son tan feroces y agudos como ellos; sin embargo, esto los pumas no lo saben, de lo contrario, no les tendrían tanto miedo.

Pumas y lobos se sostienen la mirada, mantienen posiciones; Unos ladran, otros rugen. Esto hace que los pocos hermanos que seguían con vida logren escaparse.

Pero están malheridos y, después de pocos pasos, caen rendidos en la vereda, pintando rosas sobre el plano gris.

No consigo quitarle los ojos de encima a los cuerpos ya vacíos de aquellos que otrora seguían mis pasos.

El sol comienza a arrancar destellos magentas del asfalto, los pumas escapan como de costumbre y los lobos se hacen del dominio de los restos de aquella paloma grande y tonta. Pero unos pocos huesos no satisfacen a una manada de lobos, por lo que los más hambrientos y fuertes salen tras el rastro de los pumas; los otros, engullen a mis hermanos. Muertos.

Un lobo joven y famélico, con los colmillos igual de afilados que todos, me clava la mirada e, instintivamente, sale tras mi búsqueda. Pero en cuanto llega a la vereda de enfrente yo ya no estoy ahí, pues con jauría o sin jauría sigo siendo una sombra, mas no una bestia, pues la calle ya no es mía.

Y entonces, ya no existo.

